

Cancún

(Por Luis Bruschtein) A pocos kilómetros de Cancún se abren los xenotes mayas en el suelo calcáreo de Yucatán. A la altura del kilómetro 25 de la ruta que va de Cancún a Chichén Itzá está el xenote de Ilán Aztlán, un agujero oscuro y profundo en la tierra calcinada por el sol. En el fondo brilla la pupila azul de un ojo de agua subterránea adonde los mayas del período tolteca arrojaban muchachas vírgenes en solemnes ceremonias.

No es de los xenotes más visitados por los turistas, pero allí suelen concurrir los fanáticos de la exploración de cavernas submarinas. Por eso no me sorprendí cuando, luego de un accidentado descenso por las paredes empinadas del agujero, en la pequeña playa junto a la corriente de agua, me di cuenta que no estaba solo. Me había sentado sobre una piedra para fumar y curarme un raspón en la rodilla cuando del agua surgió la cabeza de una mujer.

El agujero se amplía a medida que va descendiendo y al llegar a la corriente de agua subterránea se forma una bóveda como la nave de una catedral. En el centro se forma una olla profunda rodeada por una playa de piedras pequeñas, redondas y grises. Las paredes de piedra amplificaron el sonido del agua al abrirse para darle paso, y la cabeza de la mujer apareció justo donde caía la luz de la superficie haciendo brillar las gotas y las ondas que se producían en la corriente azul.

En el solsticio de invierno, cuando Cuculcán aparece en la balaustrada del palacio de Chichén Itzá y desde mucho antes que los mayas levantaran esa ciudad encantada, los sacerdotes descendían a los xenotes, oraban a sus dioses y les ofrecían un puñado de muchachas vírgenes para congraciarse con ellos. La lealtad de las muchachas estaba defendida por una maldición. Una leyenda dice que la princesa Umalitzin sucumbió a la curiosidad o al amor con el capitán de su guardia, Exmel Ultún, antes del sacrificio. Ocultó su falta a los sacerdotes, pero fue repelida por los dioses y condenada a vagar toda la eternidad por la intrincada red de cavernas submarinas que conectan las decenas de xenotes de Yucatán.

La aparición de la cabeza de esa mujer sobre la corriente hizo susurrar a la playita pedregosa donde estaba sentado. Fue un sonido cálido, como una caricia. No hubo palabras ni saludos. Creo que ni siquiera me vio. Sus ojos se abrieron sin ver, sólo para acompañar el movimiento de la boca y todo fue tan rápido que tampoco atiné a decir nada. Sólo fue la respiración del agua al abrirse, el resoplido de quien toma aire para volver a sumergirse y nuevamente el suspiro del agua al cerrarse.

Escritor casi secreto y dedicado cultor de lo siniestro agazapado en lugares bien iluminados, James Purdy –por propia decisión– no conoce los placeres del establishment literario norteamericano pero sí la gloria de ser reconocido como uno de los grandes por los lectores que le rinden culto desde la publicación de la novela Malcolm y del volumen de relatos Colour of Darkness –de donde sale el que aquí se presenta y que apareció originalmente en las Crónicas de Norteamérica editadas por Jorge Alvarez– hasta la reciente Out With The Stars, Purdy siempre escribe sobre un ángel caído por el solo placer de atestiguar su caída.

¿Por qué no pueden decirte el porqué?

Por James Purdy

Paul no supo casi nada de su padre hasta que encontró aquella caja llena de fotografías en el desván. Desde aquel momento se dedicó a contemplarlas día y noche cada vez que Ethel, su madre, hablaba por teléfono con Edith Gainesworth. Asombrado, contempló a su padre en las diferentes fases de su vida: primero, como un niño de su edad, luego como un joven, finalmente, antes de morir, vestido con el uniforme del Ejército.

Ethel se había referido siempre a él como *tu padre*, y ahora las fotografías lo mostraban bajo un aspecto muy distinto del que se había imaginado.

Ethel nunca habló con Paul desde que éste vino enfermo de la escuela, y al principio fingió no saber que había encontrado las fotografías. Pero, en cambio, dijo a Edith Gainesworth por teléfono todo lo que ella pensaba y sentía, y Paul escuchó todas las conversaciones desde su escondite en la escalera de servicio, donde se sentaba para mirar las fotografías, que había trasladado de la vieja caja de zapatos en que las encontró a dos grandes y limpias cajas de bombones.

–Seguro que no conoces a un muchacho enfermo como él, que le dé por las fotografías –dijo Ethel a Edith Gainesworth–. En vez de juguetes o pelotas, viejas fotografías. Y eso que apenas si le he contado nada acerca de su padre.

Edith Gainesworth, que estudiaba psicología en un centro superior en la parte baja de la ciudad, a menudo daba consejos a Ethel con relación a Paul; pero aquella noche no dijo nada acerca de las fotografías.

–Todas las madres deberían tener una pensión –prosiguió Ethel–. ¿No es terrible tener que estar todo el día de pie, atendiendo al público, y luego tener que cuidar a un niño enfermo por la noche? Mis noches son aún peores que mis días.

Estas conversaciones telefónicas siempre excitaban a Paul, porque eran las únicas ocasiones en que oía hablar de sí mismo y de las fotografías. Cuando sonaba el timbre del teléfono solía correr a la escalera de servicio y empezaba a mirar las fotografías, y luego, a medida que la conversación se desarrollaba, a lo mejor iba corriendo al cuarto deenfrente, donde Ethel estaba hablando, a veces llevando consigo una de las fotografías e imitando con la boca el ruido de un pájaro o un avión.

Dos meses habían transcurrido de este modo, sin que apenas fuera el niño a la escuela, al parecer pasándose la vida escuchando las charlas telefónicas de Ethel con Edith Gainesworth y mirando las fotos de las cajas de bombones.

Una vez, a medianoche, Ethel echó de menos al niño. Se levantó de la cama sintiendo como una opresión en la cabeza y el cuello. Se dirigió a la cama de Paul y advirtió que no estaba la manta india. Llamó al niño y fue hacia la ventana, mirando hacia fuera. Sin cesar de llamarle, se dirigió a la escalera.

–¡Dios mío! ¡Siempre me has de causar alguna preocupación! –comentó–. ¿Dónde estás, Paul? –repitió con voz soñolienta. Bajó hasta la cocina, aunque no creía posible que estuviera allí, porque el chico nunca comía nada.

Luego se dijo: *Naturalmente,* al recordar que muchas veces iba a la escalera de servicio con aquellas fotografías.

–¿Qué están haciendo aquí, Paul? –le preguntó, y en su voz había un tono a la vez cariñoso y amenazador que despertó al muchacho, que se había quedado dormido encima de las cajas y las fotografías, como para protegerlas, con la manta echada sobre la espalda y los hombros.

Paul se aferró a las cajas casi con vehemencia cuando vio aquella mujer pálida y fea que se arrebujaba en su bata de hombre y que lo estaba mirando. Hubo un ligero olor a cisterna destapada cuando ella terminó de ponerse la bata.

–Pues aquí, Ethel –contestó el niño al cabo de un rato.

–¿Qué quieres decir con eso de "pues aquí", Paul? –preguntó ella acercándose.

Ethel lo cogió por el pelo y le dio unos suaves tirones, forma en que solía acariciar al niño. Estas ligeras sacudidas lo hicieron temblar en una serie de cortos y sucesivos sobresaltos bajo la mano de Ethel, hasta que al fin ella lo soltó.

Paul miró a su madre mientras ésta se quedaba contemplando las cajas de fotografías que él custodiaba.

–¿Es que duermes aquí para estar cerca de ellas? –le preguntó.

–No lo sé, Ethel –respondió Paul, dando resoplidos como si quisiera hacer desaparecer algo que tuviera delante.

–¿Que no lo sabes, Paul? –inquirió la madre con su voz dulzona y desagradable, acercándose más al niño, con el olor a rancio de su bata.

–¡No, eso no! –exclamó Paul.

–¿Qué es lo que no quieres? –dijo Ethel, agarrándole por las solapas del pijama.

–¡No me toques, Ethel! ¡Me duelen los ojos!

–¿Que te duelen los ojos? –repitió la mujer con tono de incredulidad.

–También me duele el estómago.

Inclinándose de pronto, Ethel recogió del suelo las dos cajas con fotografías y las retuvo entre sus brazos, enfundados en las amplias mangas de la bata.

–¡Ethel! –gritó el niño con más energía de la que ella estaba acostumbrada a oírle–. ¡Ethel! ¡Esas son mis cajas de bombones!

Ethel lo miró como si fuera la primera vez que lo veía, advirtiendo con sorpresa que estaba muy delgado y huesudo y que tenía un lunar muy feo en sus demacrada garganta. No podía comprender que fuera su hijo.

–Son estas cajas de fotografías las que te ponen enfermo.

–¡No, no, mamá Ethel! –exclamó Paul.

–¿No te acuerdas que te dije que no me llamaras mamá? –dijo la mujer avanzando hacia él y poniéndole la mano sobre la frente.

–Te he llamado mamá Ethel y no mamá –respondió el niño.

–Supongo que creerás que tengo mil años de edad –repuso Ethel, levantando la mano como si no supiera qué hacer con ella. –Ya sé lo que he de hacer con estas cajas –prosiguió, fingiendo una calma que estaba muy lejos de sentir.

–¡No, Ethel! –dijo Paul–. ¡Devuélvemelas! ¡Son mías!

–Dime por qué has venido a dormir aquí, sabiendo que en este sitio te podías empeorar. Quiero que me lo digas.

–¡No puedo, Ethel! ¡No puedo! –respondió Paul.

–Entonces voy a quemar las fotografías –amenazó Ethel.

El niño se arrojó a los pies de su madre y le abrazó las piernas.

–¡Ethel! ¡Por favor! ¡No te las lleves! ¡Por favor, Ethel!

–¡No me toques! –le dijo la mujer.

Sus nervios estaban tan alterados que creía que si el niño volvía a tocarla, se sobresaltaría como si un ratón se hubiera metido debajo de sus ropas.

–Ponte en pie y cuéntame como un hombrecito por qué estás aquí –le pidió Ethel; pero mantuvo los ojos medio cerrados y apartó su vista del niño.

Este movió los labios como para hablar, pero en realidad no comprendió lo que ella quería decir con la palabra *hombrecito*. Esta palabra le molestaba cada vez que la oía.

–¿Qué estás haciendo con las fotografías todo el rato, durante el día cuando estoy fuera de casa, y ahora, por la noche? Nunca había oído

Escritor casi secreto y dedicado cultor de lo siniestro agazapado en lugares bien iluminados, James Purdy –por propia decisión– no conoce los placeres del establishment literario norteamericano pero sí la gloria de ser reconocido como uno de los grandes por los lectores que le rinden culto desde la publicación de la novela Malcolm y del volumen de relatos Colour of Darkness –de donde sale el que aquí se presenta y que apareció originalmente en las Crónicas de Norteamérica editadas por Jorge Alvarez– hasta la reciente Out With The Stars, Purdy siempre escribe sobre un ángel caído por el solo placer de atestiguar su caída.

¿Por qué no pueden decirte el porqué?

Por James Purdy

Paul no supo casi nada de su padre hasta que encontró aquella caja llena de fotografías en el desván. Desde aquel momento se dedicó a contemplarlas día y noche cada vez que Ethel, su madre, hablaba por teléfono con Edith Gainesworth. Asombrado, contempló a su padre en las diferentes fases de su vida: primero, como un niño de su edad, luego como un joven, finalmente, antes de morir, vestido con el uniforme del Ejército.

Ethel se había referido siempre a él como *tu padre*, y ahora las fotografías lo mostraban bajo un aspecto muy distinto del que se había imaginado.

Ethel nunca habló con Paul desde que éste vino enfermo de la escuela, y al principio fingió no saber que había encontrado las fotografías. Pero, en cambio, dijo a Edith Gainesworth por teléfono todo lo que ella pensaba y sentía, y Paul escuchó todas las conversaciones desde su escondite en la escalera de servicio, donde se sentaba para mirar las fotografías, que había trasladado de la vieja caja de zapatos en que las encontró a dos grandes y limpias cajas de bombones.

–Seguro que no conoces a un muchacho enfermo como él, que le dé por las fotografías –dijo Ethel a Edith Gainesworth–. En vez de juguetes o pelotas, viejas fotografías. Y eso que apenas si le he contado nada acerca de su padre.

Edith Gainesworth, que estudiaba psicología en un centro superior en la parte baja de la ciudad, a menudo daba consejos a Ethel con relación a Paul; pero aquella noche no dijo nada acerca de las fotografías.

–Todas las madres deberían tener una pensión –prosiguió Ethel–. ¿No es terrible tener que estar todo el día de pie, atendiendo al público, y luego tener que cuidar a un niño enfermo por la noche? Mis noches son aún peores que mis días.

Estas conversaciones telefónicas siempre excitaban a Paul, porque eran las únicas ocasiones en que oía hablar de sí mismo y de las fotografías. Cuando sonaba el timbre del teléfono solía correr a la escalera de servicio y empezaba a mirar las fotografías, y luego, a medida que la conversación se desarrollaba, a lo mejor iba corriendo al cuarto deenfrente, donde Ethel estaba hablando, a veces llevando consigo una de las fotografías e imitando con la boca el ruido de un pájaro o un avión.

Dos meses habían transcurrido de este modo, sin que apenas fuera el niño a la escuela, al parecer pasándose la vida escuchando las charlas telefónicas de Ethel con Edith Gainesworth y mirando las fotos de las cajas de bombones.

Una vez, a medianoche, Ethel echó de menos al niño. Se levantó de la cama sintiendo como una opresión en la cabeza y el cuello. Se dirigió a la cama de Paul y advirtió que no estaba la manta india. Llamó al niño y fue hacia la ventana, mirando hacia fuera. Sin cesar de llamarle, se dirigió a la escalera.

–¡Dios mío! ¡Siempre me has de causar alguna preocupación! –comentó–. ¿Dónde estás, Paul? –repitió con voz soñolienta. Bajó hasta la cocina, aunque no creía posible que estuviera allí, porque el chico nunca comía nada.

Luego se dijo: *Naturalmente*, al recordar que muchas veces iba a la escalera de servicio con aquellas fotografías.

–¿Qué están haciendo aquí, Paul? –le preguntó, y en su voz había un tono a la vez cariñoso y amenazador que despertó al muchacho, que se había quedado dormido encima de las cajas y las fotografías, como para protegerlas, con la manta echada sobre la espalda y los hombros.

Paul se aferró a las cajas casi con vehemencia cuando vio aquella mujer pálida y fea que se arrebujaba en su bata de hombre y que lo estaba mirando. Hubo un ligero olor a cisterna destapada cuando ella terminó de ponerse la bata.

–Pues aquí, Ethel –contestó el niño al cabo de un rato.

–¿Qué quieres decir con eso de "pues aquí", Paul? –preguntó ella acercándose.

Ethel lo cogió por el pelo y le dio unos suaves tirones, forma en que solía acariciar al niño. Estas ligeras sacudidas lo hicieron temblar en una serie de cortos y sucesivos sobresaltos bajo la mano de Ethel, hasta que al fin ella lo soltó.

Paul miró a su madre mientras ésta se quedaba contemplando las cajas de fotografías que él custodiaba.

–¿Es que duermes aquí para estar cerca de ellas? –le preguntó.

–No lo sé, Ethel –respondió Paul, dando resoplidos como si quisiera hacer desaparecer algo que tuviera delante.

–¿Que no lo sabes, Paul? –inquirió la madre con su voz dulzona y desagradable, acercándose más al niño, con el olor a rancio de su bata.

–¡No, eso no! –exclamó Paul.

–¿Qué es lo que no quieres? –dijo Ethel, agarrándole por las solapas del pijama.

–¡No me toques, Ethel! ¡Me duelen los ojos!

–¿Que te duelen los ojos? –repitió la mujer con tono de incredulidad.

–También me duele el estómago.

Inclinándose de pronto, Ethel recogió del suelo las dos cajas con fotografías y las retuvo entre sus brazos, enfundados en las amplias mangas de la bata.

–¡Ethel! –gritó el niño con más energía de la que ella estaba acostumbrada a oírle–. ¡Ethel! ¡Ésas son mis cajas de bombones!

Ethel lo miró como si fuera la primera vez que lo veía, advirtiendo con sorpresa que estaba muy delgado y huesudo y que tenía un lunar muy feo en sus demacrada garganta. No podía comprender que fuera su hijo.

–Son estas cajas de fotografías las que te ponen enfermo.

–¡No, no, mamá Ethel! –exclamó Paul.

–¿No te acuerdas que te dije que no me llamaras mamá? –dijo la mujer avanzando hacia él y poniéndole la mano sobre la frente.

–Te he llamado mamá Ethel y no mamá –respondió el niño.

–Supongo que creerás que tengo mil años de edad –repuso Ethel, levantando la mano como si no supiera qué hacer con ella. –Ya sé lo que he de hacer con estas cajas –prosiguió, fingiendo una calma que estaba muy lejos de sentir.

–¡No, Ethel! –dijo Paul–. ¡Devuélvemelas! ¡Son mías!

–Dime por qué has venido a dormir aquí, sabiendo que en este sitio te podías empeorar. Quiero que me lo digas.

–¡No puedo, Ethel! ¡No puedo! –respondió Paul.

–Entonces voy a quemar las fotografías –amenazó Ethel.

El niño se arrojó a los pies de su madre y le abrazó las piernas.

–¡Ethel! ¡Por favor! ¡No te las lleves! ¡Por favor, Ethel!

–¡No me toques! –le dijo la mujer.

Sus nervios estaban tan alterados que creía que si el niño volvía a tocarla, se sobresaltaría como si un ratón se hubiera metido debajo de sus ropas.

–Ponte en pie y cuéntame como un hombrecito por qué estás aquí –le pidió Ethel; pero mantuvo los ojos medio cerrados y apartó su vista del niño.

Este movió los labios como para hablar, pero en realidad no comprendió lo que ella quería decir con la palabra *hombrecito*. Esta palabra le molestaba cada vez que la oía.

–¿Qué estás haciendo con las fotografías todo el rato, durante el día cuando estoy fuera de casa, y ahora, por la noche? Nunca había oído hablar de una cosa así.

Entonces se apartó del niño, de modo que las manos de éste soltaron las piernas de ella, que había tenido abrazadas; pero permaneció unos instantes de pie, cerca de las manos de Paul, como si no supiera de momento lo que tenía que hacer.

–Sólo las miro, Ethel –dijo al fin el niño.

–No me digas mentiras –repuso la mujer, mirándole ahora fijamente al rostro.

Y añadió:

–Quiero que me digas la verdad.

Paul se echó a llorar y gimió, pensando qué podía esperar su madre que le dijera; pero ahora había empezado a perder la noción de todo, y ni siquiera comprendía qué clase de explicaciones había de dar. Aquello empezaba a serle insoportable.

–¿Me oyes, Paul? –le dijo Ethel rechinando los dientes, acercándose al niño y mirándole fijamente con ojos tan encolerizados que Paul tuvo que cerrar los suyos–. ¿Sabes lo que voy a hacer si no me contestas?

–¿Me castigarás? –preguntó Paul con un hilito de voz.

–No, esta vez no voy a castigarte –dijo Ethel.

–¡No vas a castigarme! –exclamó el niño, y un nuevo temor y una nueva sorpresa asomaban ahora en sus cansados ojos. Luego, mirando fijamente a los ojos de su madre, se echó a llorar lleno de miedo; porque le pareció que en todo el mundo sólo existían ellos dos, él y su madre.

–Ya sabes adónde enviaron a tía Grace, ¿verdad? –dijo Ethel con una voz terrible.

El niño redobló sus sollozos. Salpicó saliva en la pared y se quedó mirando a la escalera como buscando un lugar de evasión.

–Recuerdas adónde la enviaron, ¿no? –insistió Ethel con voz tranquila y paciente, como la de una mujer que ha recibido un trato irrespetuoso de parte de un hijo al que, a pesar de todo, aún sigue queriendo.

–¡Sí, sí, Ethel! –gritó Paul de modo histérico.

–Dile a Ethel adónde enviaron a tía Grace –dijo la madre en el mismo tono que antes.

–Yo no sabía que también enviaran niños allá –dijo Paul.

–Tú eres ahora algo más que un niño –respondió Ethel–, ya tienen edad suficiente para que... Y si no le dices a Ethel por qué estás mirando siempre las fotografías, te enviaré al manicomio detrás de las rejas. –No sé por qué las miro, querida Ethel –dijo ahora el niño con voz débil, pero con un tono de extrema tensión, y se puso a acariciar el forro de piel de las zapatillas de su madre.

–Creo que sí lo sabes, Paul –dijo ella con voz tranquila; pero el niño pudo percibir cómo iba desapareciendo su tono amable y paciente, y levantó un poco las manos como para protegerse contra lo que aquella mujer pudiera intentar hacerle.

–Pero no sé por qué las miro –repitió, gimoteando y de pronto volvió a abrazarle las piernas.

Ethel dio un paso atrás, pero conservando aún en el rostro su sonrisa paciente y comprensiva, de perdón.

–Muy bien, Paul.

Cada vez que decía *Muy bien, Paul*, era para dar a entender con ello que daba por terminada una discusión.

–¿Adónde vamos? –gritó Paul, al ver que la mujer se lo llevaba hacia la cocina.

–Al sótano, por supuesto –respondió Ethel.

Nunca antes habían ido juntos al sótano, y el terror que le inspiraba la idea de lo que podía sucederle allí le dio ahora una especie de quietud que le permitió bajar con paso firme los irregulares peldaños.

–¡Toma! Lleva tú las cajas con las fotografías, Paul –le dijo ella–, puesto que te gustan tanto.

–¡No, no! –protestó Paul.

–¡Llévalas! –le ordenó ella, dándole las cajas.

El niño las sujetó contra su cuerpo, y cuando llegaron al sótano, la mujer abrió la puerta del horno y, apretándose el cinturón de la bata, le dijo fríamente, con su pálido rostro iluminado por las llamas:

–Echa las fotografías ahí dentro, Paul.

El niño se la quedó mirando, como si ahora resultaran ciertas todas sus pesadillas, como si al fin se hubiera desplegado ante su vista todos los temores completos y definitivos de lo que puede sucederle a uno en la vida.

–¡Son de papá! –exclamó con una voz que ninguno de los dos reconoció.

–Tú lo has querido –dijo Ethel fríamente–, puesto que prefieren un hombre muerto a tu propia madre. O echas las fotografías al fuego, puesto que son ellas las que te ponen enfermo, o tendrás que ir al lugar adonde enviaron a tía Grace.

El niño empezó ahora a correr por el cuarto como un pajarito que se ha escapado de la tienda en que lo vendían y ha ido a parar en medio de la confusión de una calle de la ciudad, y con la boca emitía extraños sonidos que Ethel no pudo creer salieran de sus pulmones.

–No creas que voy a tener paciencia para tus payasadas –le gritó la madre; pero sus palabras se perdieron como si hablara en un cuarto vacío.

Mientras corría alrededor del pequeño aposento, con las cajas de fotografías apretadas contra su pecho, algunas de las fotos cayeron al suelo. El niño se detuvo para recogerlas, mientras seguía apretando convulsivamente las cajas y emitiendo al mismo tiempo pequeños gritos de impotencia y acerbo dolor.

Ethel lo miraba sin dar crédito a sus ojos. Ahora no sólo no le parecía hijo suyo, sino que ni siquiera parecía ya un niño; al contrario, con su pijama roto y sin zurcir, parecía un animal lisiado y moribundo que corriera desesperadamente tratando de huir de su propio dolor.

–¡Dame esas fotografías! –gritó Ethel, y arrebatándole algunas que el niño tenía en las manos, las arrojó rápidamente al fuego.

Luego, volviéndose, se dirigió hacia el niño para cogerle las cajas con las fotografías.

Pero la escena que ahora vio con sus ojos hizo que se detuviera, asombrada. El niño se había encogido, agachado en el suelo, y apretando las cajas contra su pecho, emitió una especie de silbido hacia la mujer, de suerte que ésta no vio la posibilidad de acercarse ni de llevárselo deallí, mientras de la boca del niño salía una sustancia espesa, fibrosa y de color negruzco, como si estuviera vomitando su corazón cargado de amargura.

(Traducción: *Juan Godo Costa*)

hablar de una cosa así.

Entonces se apartó del niño, de modo que las manos de éste soltaron las piernas de ella, que había tenido abrazadas; pero permaneció unos instantes de pie, cerca de las manos de Paul, como si no supiera de momento lo que tenía que hacer.

–Sólo las miro, Ethel –dijo al fin el niño.

–No me digas mentiras –repuso la mujer, mirándole ahora fijamente al rostro.

Y añadió:

–Quiero que me digas la verdad.

Paul se echó a llorar y gimió, pensando qué podía esperar su madre que le dijera; pero ahora había empezado a perder la noción de todo, y ni siquiera comprendía qué clase de explicaciones había de dar. Aquello empezaba a serle insoportable.

–¿Me oyes, Paul? –le dijo Ethel rechinando los dientes, acercándose al niño y mirándole fijamente con ojos tan encolerizados que Paul tuvo que cerrar los suyos–. ¿Sabes lo que voy a hacer si no me contestas?

–¿Me castigarás? –preguntó Paul con un hilito de voz.

–No, esta vez no voy a castigarte –dijo Ethel.

–¡No vas a castigarme! –exclamó el niño, y un nuevo temor y una nueva sorpresa asomaban ahora en sus cansados ojos. Luego, mirando fijamente a los ojos de su madre, se echó a llorar lleno de miedo; porque le pareció que en todo el mundo sólo existían ellos dos, él y su madre.

–Ya sabes adónde enviaron a tía Grace, ¿verdad? –dijo Ethel con una voz terrible.

El niño redobló sus sollozos. Salpicó saliva en la pared y se quedó mirando a la escalera como buscando un lugar de evasión.

–Recuerdas adónde la enviaron, ¿no? –insistió Ethel con voz tranquila y paciente, como la de una mujer que ha recibido un trato irrespetuoso de parte de un hijo al que, a pesar de todo, aún sigue queriendo.

–¡Sí, sí, Ethel! –gritó Paul de modo histérico.

–Dile a Ethel adónde enviaron a tía Grace –dijo la madre en el mismo tono que antes.

–Yo no sabía que también enviaran niños allá –dijo Paul.

–Tú eres ahora algo más que un niño –respondió Ethel–, ya tienen edad suficiente para que... Y si no le dices a Ethel por qué estás mirando siempre las fotografías, te enviaré al manicomio detrás de las rejas. –No sé por qué las miro, querida Ethel –dijo ahora el niño con voz débil, pero con un tono de extrema tensión, y se puso a acariciar el forro de piel de las zapatillas de su madre.

–Creo que sí lo sabes, Paul –dijo ella con voz tranquila; pero el niño pudo percibir cómo iba desapareciendo su tono amable y paciente, y levantó un poco las manos como para protegerse contra lo que aquella mujer pudiera intentar hacerle.

–Pero no sé por qué las miro –repitió, gimoteando y de pronto volvió a abrazarle las piernas.

Ethel dio un paso atrás, pero conservando aún en el rostro su sonrisa paciente y comprensiva, de perdón.

–Muy bien, Paul.

Cada vez que decía *Muy bien, Paul*, era para dar a entender con ello que daba por terminada una discusión.

–¿Adónde vamos? –gritó Paul, al ver que la mujer se lo llevaba hacia la cocina.

–Al sótano, por supuesto –respondió Ethel.

Nunca antes habían ido juntos al sótano, y el terror que le inspiraba la idea de lo que podía sucederle allí le dio ahora una especie de quietud que le permitió bajar con paso firme los irregulares peldaños.

–¡Toma! Lleva tú las cajas con las fotografías, Paul –le dijo ella–, puesto que te gustan tanto.

–¡No, no! –protestó Paul.

–¡Llévalas! –le ordenó ella, dándole las cajas.

El niño las sujetó contra su cuerpo, y cuando llegaron al sótano, la mujer abrió la puerta del horno y, apretándose el cinturón de la bata, le dijo fríamente, con su pálido rostro iluminado por las llamas:

–Echa las fotografías ahí dentro, Paul.

El niño se la quedó mirando, como si ahora resultaran ciertas todas sus pesadillas, como si al fin se hubiera desplegado ante su vista todos los temores completos y definitivos de lo que puede sucederle a uno en la vida.

–¡Son de papá! –exclamó con una voz que ninguno de los dos reconoció.

–Tú lo has querido –dijo Ethel fríamente–, puesto que prefieren un hombre muerto a tu propia madre. O echas las fotografías al fuego, puesto que son ellas las que te ponen enfermo, o tendrás que ir al lugar adonde enviaron a tía Grace.

El niño empezó ahora a correr por el cuarto como un pajarito que se ha escapado de la tienda en que lo vendían y ha ido a parar en medio de la confusión de una calle de la ciudad, y con la boca emitía extraños sonidos que Ethel no pudo creer salieran de sus pulmones.

–No creas que voy a tener paciencia para tus payasadas –le gritó la madre; pero sus palabras se perdieron como si hablara en un cuarto vacío.

Mientras corría alrededor del pequeño aposento, con las cajas de fotografías apretadas contra su pecho, algunas de las fotos cayeron al suelo. El niño se detuvo para recogerlas, mientras seguía apretando convulsivamente las cajas y emitiendo al mismo tiempo pequeños gritos de impotencia y acerbo dolor.

Ethel lo miraba sin dar crédito a sus ojos. Ahora no sólo no le parecía hijo suyo, sino que ni siquiera parecía ya un niño; al contrario, con su pijama roto y sin zurcir, parecía un animal lisiado y moribundo que corriera desesperadamente tratando de huir de su propio dolor.

–¡Dame esas fotografías! –gritó Ethel, y arrebatándole algunas que el niño tenía en las manos, las arrojó rápidamente al fuego.

Luego, volviéndose, se dirigió hacia el niño para cogerle las cajas con las fotografías.

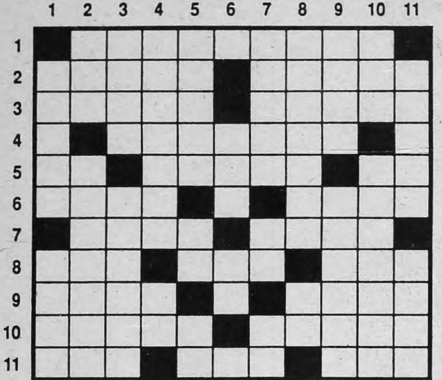
Pero la escena que ahora vio con sus ojos hizo que se detuviera, asombrada. El niño se había encogido, agachado en el suelo, y apretando las cajas contra su pecho, emitió una especie de silbido hacia la mujer, de suerte que ésta no vio la posibilidad de acercarse ni de llevárselo deallí, mientras de la boca del niño salía una sustancia espesa, fibrosa y de color negruzco, como si estuviera vomitando su corazón cargado de amargura.



(Traducción: *Juan Godo Costa*)

J U E G O S

ortodoxo



HORIZONTALES

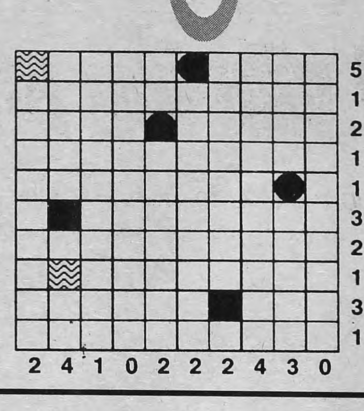
1. Azúcar fundida endurecida al enfriarse (pl.).
2. Pasar la lengua./ Instrumento para medir el paso del tiempo.
3. Mamífero rumiante de América meridional./ Plaza pública en Grecia.
4. Botar varias veces un cuerpo elástico.
5. Acude./ Reverberación o resistero./ Símbolo del cobalto.
6. Por lo tanto./ Existían.
7. Nombre de mujer./ Poner un manjar a las brasas.
8. Organización de las Naciones Unidas./ Cabeza de un reino./ Pronombre posesivo (pl.).
9. Puro, limpio./ Comida de la noche.
10. Pendiente pequeño./ Equivocación.
11. Nave./ Sonido agradable./ Parte de la taza por donde se la toma.

VERTICALES

1. Instrumento para abrir una cerradura./ Personaje bíblico.
2. Oxido de calcio./ Persona que vende arena (fem.)./
3. Sentir amor./ Perteneciente a la nalga.
4. Que reman./ Prefijo: oído.
5. De Arabia./ Terminación de infinitivo./ Existe.
6. Plantígrado./ Artículo.
7. Musa de la poesía elegíaca./ Interjección de dolor./ Preposición.
8. Conforme a la ley (pl.)./ Símbolo del cromo.
9. Aroma, fragancia./ Prostituta.
10. Religiosa./ Colmillos.
11. Pernil del cerdo curado./ Nombre de mujer.

batalla naval

En el tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en la figura 1. Se dan algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.





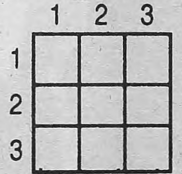
número oculto

El esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
8	6	0	1	1	0
7	5	3	9	1	1
2	5	4	6	0	1
3	7	8	1	1	0
3	6	5	4	0	1

uno, dos tres

En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras. Todas las palabras tienen seis letras.



HORIZONTALES: 1. Cortaré un pedazo de melón. **2.** Hará que lo que está cerrado deje de estarlo. **3.** Arbol salicáceo (pl.). **VERTICALES: 1.** Especie de adivinación supersticiosa. **2.** Inquietó. **3.** Expresarás alegría con movimientos del rostro.

escaleras

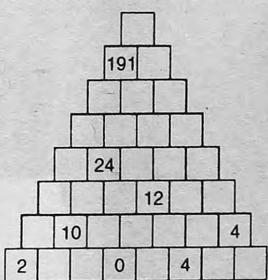
Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

PATO
BODA

CERA
MIEL

pirámide numérica

Complete la pirámide colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan algunos números ya indicados.



acomodo

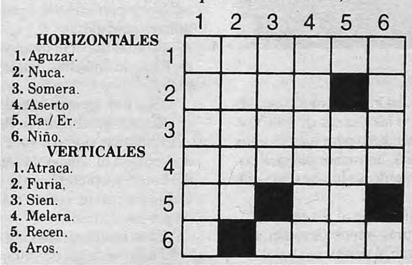
Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.





¿anagrama o sinónimo?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).



HORIZONTALES
1. Aguzar.
2. Nuca.
3. Somera.
4. Aserto
5. Ra./ Er.
6. Niño.

VERTICALES
1. Atraca.
2. Furia.
3. Sien.
4. Melera.
5. Recen.
6. Aros.

solución

Las soluciones correspondientes a estos juegos se publicarán en la edición de mañana.

escalera

A. Casi, caso, taso, toso, todo. **B.** Hunos, husos, rusos, rudos, mudos, modos, godos.

número oculto

8367.

batalla naval



¿anagrama o sinónimo?

P	A	R	E	C	E
U	■	A	L	A	S
L	A	■	U	N	A
C	R	E	D	O	■
R	A	T	E	R	A
O	R	A	■	O	S

uno, dos, tres

CA	SER	A
MIN	O	RO
A	SO	MAS

acomodo



ortodoxo



pirámide numérica

354
165 189
74 91 98
32 42 49 49
14 18 24 25 24
7 7 11 13 12 12
4 3 4 7 6 6 6
1 3 0 4 3 3 3 3